

EDUARDO HOJMAN

MUÑECA MALDITA

PREMIO PRIMUM FICTUM 2016



Librooks



EDUARDO HOJMAN

MUÑECA MALDITA

Librooks







EDUARDO HOJMAN

MUÑECA MALDITA

PREMIO PRIMUM FICTUM 2016

Librooks





Librooks



Concurso literario Primum Fictum organizado por Librooks
con la colaboración de Associació Literària La Mordida.

Primera edición: marzo de 2016

© Eduardo Hojman, 2016
© De esta edición:
LIBROOKS BARCELONA, S.L.
Riego 13 - 08014 Barcelona
Tel. +34 930 110 110
info@librooks.es
www.librooks.es

Ilustración de la cubierta: Quim Gual. Blank Estudi

ISBN: 978-84-944569-7-8
Depósito legal: DL B 4936-2016
Impresión y encuadernación: Safekat

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor.





A Maite Alvarado







«La muerte es algo curioso. Cuando se muere por enfermedad suena cruel e injusto, pero es realmente la muerte. Pero cuando se es víctima de un asesinato, la muerte se hace abstracta. Como si la solución del misterio fuese lo prioritario. Como si estuviese uno en una novela. Sin embargo, Marie Christine está muerta, y mi sonrisa también».

Vivement Dimanche – guion de François Truffaut,
Suzanne Schiffman y Jean Aurel

«Quién sos, que no puedo salvarme,
muñeca maldita, castigo de Dios...».

Secreto – Enrique Santos Discépolo







PARTE I







I

FINAL DE SUEÑO

Alicia se despertó. Era —por suerte, por Dios, era, había sido, había terminado ya— un sueño. Estaba agitada, con dificultades para respirar, cubierta de un sudor frío que contrastaba con el calor agobiante de la noche. A su alrededor, las cosas seguían teniendo los contornos familiares, las sombras ocupaban los mismos espacios de siempre, los matices de oscuridad no parecían haber cambiado. Estaba sola, pero no era la primera noche, y eso no le extrañó. La ausencia de Sergio a su lado era una discordancia, pero con el aspecto tranquilizador de una costumbre reciente, que a su vez generaba algunas modificaciones en su propia conducta: cuando Sergio no estaba, cuando tenía que emprender uno de esos viajes que hacía cada tanto al interior del país, tres o cuatro días en alguna capital de provincia, supervisando alguna obra, Alicia dormía en diagonal. A Sergio le gustaba ese gesto, si bien a veces bromeaba diciéndole que representaba la dificultad que tenía Alicia para compartir lo que fuera, incluso la cama. Pero le gustaba porque también podía verse como una forma de preservar su lugar, de no permitir que nadie más lo ocupara.

En cualquier caso, Alicia se despertó en diagonal y eso también la ayudó a tranquilizarse, porque la diagonal y la ausencia de Sergio se explicaban mutuamente. Las sábanas estaban revueltas, y el colchón, que era bastante viejo, tenía bultos recientes en varios sitios. Más adelante, un policía demasiado imaginativo sospechó que eso significaba que Alicia no había dormido sola esa noche, y que quizá las cosas no eran tan armónicas como parecían en esa pareja. Ese bien puede ser un ejemplo de una premisa falsa que





genera una conclusión verdadera. Porque lo cierto era que Alicia sí había dormido sola esa noche. Y también era cierto que la armonía de la pareja estaba en entredicho.

Mientras se sentaba en la cama, mientras iba recuperando el ritmo normal de la respiración, y se calmaba cada vez más, Alicia intentó por reflejo, no por deseo, atrapar alguna de las imágenes del sueño, que desaparecían como volutas. Apenas consiguió captar fugazmente algunos colores fuertes, ruidos extraños, olores, dolores, un miedo omnipresente, que lo abarcaba y lo teñía todo y que finalmente fue lo que la hizo desistir. Porque ese miedo amenazó con volver a agitarle la respiración, y porque se dio cuenta de que algo terrible había pasado en el sueño, algo que no convenía invocar.

Tal vez, entonces, prefirió pensar en Sergio. Y es posible que, considerando la amenaza de la pesadilla, haya elegido uno de sus aspectos más atractivos; quizás recordó el momento en que lo conoció, o se lo imaginó desnudo, e incluso se permitió jugar con la idea de volver a acostarse así, como antes, en diagonal, y tratar de tener un ensueño erótico con él. O tal vez eligiera centrarse en las cosas de él que la molestaban —otra manera eficaz de tranquilizarse, reemplazando el miedo por el enojo—: sus prolongadas ausencias, ese desinterés del que ella siempre lo acusaba.

Probablemente fuera esto último, porque no volvió a tumbarse en la cama; permaneció sentada unos momentos hasta que del sueño no quedó nada más que un temor difuso y aparentemente controlable. Fue entonces, cuando se levantó de la cama, que le pareció sentir que algo sí había cambiado en la habitación. Un movimiento mínimo en el aire quieto. La sombra de una exhalación.

Encendió una luz; tal vez no lo logró a la primera; tal vez sus dedos, transpirados, se resbalaron en el interruptor. La luz reveló una habitación exactamente igual a la de su recuerdo, en la que no faltaba ni sobraba nada, en la que nada se movía de manera extraña o inexplicable. Salió de la habitación, fue a la cocina, se sirvió un vaso de agua. Durante todo ese tiempo no vio nada raro. Era una casa grande, y de inmediato descartó la idea de recorrerla toda; fue al comedor, donde estaban las cosas de módico valor.





Los portátiles, el suyo y el de Sergio, seguían ahí, sobre el viejo escritorio de madera, uno a cada lado, como si conversaran. El equipo de audio estaba en su sitio, en el primer estante de una de las cuatro bibliotecas repletas de libros que tapizaban todas las paredes. Se acercó al escritorio. Las maderas del suelo eran viejas y estaban gastadas, pero casi no crujieron cuando ella las pisó con los pies descalzos. Con otra persona, habrían crujido de una manera perfectamente audible. Sergio siempre le decía que caminaba como una bailarina. Intentó abrir uno de los cajones del lado donde estaba su portátil. Estaba cerrado con llave. Ella sabía dónde estaba la llave, pero no la buscó; dejó el cajón así.

Más tarde ese cajón apareció forzado.

Alicia no abrió la puerta del despacho de Sergio; tampoco subió por la escalera que daba a la terraza, que corría paralela a una de las paredes de la cocina y que la luz de ésta siempre sumía en sombras. Probablemente tampoco encendió la luz de la primera parte de la escalera que daba a la puerta de la calle, porque habrá visto que la doble puerta de vidrio que separaba esa escalera de la planta principal estaba cerrada.

Volvió a la habitación con el vaso de agua. Eso es bastante seguro, porque lo encontraron en el piso, roto en dos tiempos, como si se hubiera caído desde cierta altura y como si después lo hubieran pisado, aunque no había sangre en los pies de Alicia.

Lo demás, todo lo demás, es mucho más impreciso. Y se hace cada vez más difícil reconstruirlo, recrear en la imaginación esos momentos, en los que tantas cosas podrían haber sido completamente distintas de como las describo, aunque el resultado fuera el mismo.

Se sabe que una o más manos le taparon la boca y la nariz, que le apretaron el cuello. Que nadie oyó nada. Que no hubo sangre, que la sangre se le fue de la cara hacia el resto del cuerpo y que ya no volvió. Que fue delicado, casi como lamentándolo. Que la dejaron sobre la cama, con mucha suavidad, como si no quisieran que se rompiera.

Y en esos larguísimos segundos, quiero creer que Alicia se dio cuenta de que esa realidad, finalmente, no era tan terrible como aquel sueño.





No estoy tan mal aquí. Finalmente, todo era cuestión de acostumbrarse. Las calles celestes de la Medina ahora me son tan familiares como el cántico del muecín, que antes me trituraba los nervios. Al principio pensé que no lo soportaría, que me moriría de aburrimiento o de angustia. Pero desde el primer momento descarté la posibilidad de morir de nostalgia. No le di demasiada importancia a la nostalgia; siempre supuse que entre aquel otro país y yo había ya demasiadas cosas interpuestas, mudanzas, migraciones, experiencias incompatibles. Los que creen que me conocen dicen que nunca me fui del todo, y que llevo en mí, como un equipaje por el que me cobraron exceso injustamente, todas las características de la argentinidad que para la mayoría son malas. Digo los que me conocen, pero eso ocurría antes, en mi fugaz paso por Barcelona; aquí, en este pueblo montañoso africano, no me conoce nadie. Todos saben quiénes son todos los demás, pero nadie conoce a nadie.

Es un lugar ideal para desaparecer. No te preguntan qué haces aquí, de dónde vienes. Es un mundo lleno de rituales, y al mismo tiempo siempre al borde del caos; la religión lo cubre todo como un manto, pero un manto lleno de agujeros, de rendijas, de picaduras de polillas. Uno se siente abrigado, aunque tenga frío todo el tiempo.

Ésa fue una de las cosas que más me asombraron. Este frío de África. Viene en forma de viento, de llovizna que horada los huesos, de escarcha patinosa en las calles de piedra y barro. No era así como me imaginaba África, el continente negro, el calor y la selva. Pero cuando vine por primera vez era invierno, y el frío de estas montañas era mucho más hiriente que el del otro lado del estrecho, allá en una España soleada y, en comparación, moderna. El hotel Raval tenía la mitad de sus ocho habitaciones reservadas por españoles que querían huir de las fiestas navideñas y Carles y yo teníamos que ir a prepararlo. Cruzamos el estrecho a principios de diciembre, en medio de una tempestad tan amenazadora que un viaje previsto de una hora y media tardó seis, contando las dos horas que el capitán decidió esperar en el puerto, con el barco lleno, hasta que la tormenta amainara.





Llegamos a Tánger al atardecer, según el reloj; pero era noche cerrada, cargada de nubes y un frío feroz. Carles se tomó una buena media hora para regatear el precio del taxi que nos llevaría al pueblito de destino. Yo me apoyé en una pared y observé, desde lejos, ese ritual tan coreografiado, tan semejante a un baile en sus movimientos, en el ritmo de sus gestos. El taxista decía un precio, Carles decía otro, ambos se hacían los ofendidos y se separaban, luego los dos se daban la vuelta al mismo tiempo, volvían a acercarse, se unían en el centro, giraban, volvían a alejarse. Habría sido una escena pintoresca, incluso interesante, pero hacía mucho frío como para que esos calificativos tuvieran algún interés. El tiempo que llevo viviendo en Marruecos me hace concederles un interés muy limitado a esos conceptos, pintoresco, interesante. Ahora las calles irregulares de la medina, esos pasadizos pintados de celeste desde el centro de la calzada hasta la mitad de la altura de las casas, que luego continúan blancas, me resultan tan habituales y hasta igual de irritantes como hace unos años el pavimento roto de Buenos Aires, o como las aceras angostas e impracticables de algunas zonas de Barcelona.

Salimos de Tánger en un taxi destartado y, después de pasar por un cordón industrial lleno de fábricas europeas, de pronto empezó a llover y todo se hizo frío y negrura alrededor del coche. El taxista no bajaba la velocidad, a pesar de que no había forma de ver los contornos de la carretera. A los costados del camino había bolsones de oscuridad más profunda, y yo no sabía si eran montañas contra las que podíamos chocar, o precipicios esperando para tragarnos. Fueron horas tensas. El taxista nos dejó en la puerta de la medina y yo casi no tuve tiempo de darme cuenta de que estaba rodeado por tanto celeste; calles pintadas de celeste, casas celestes, tubos fluorescentes que reflejaban su neón en ese color eléctrico. Cuando llegamos al hotel, Carles encendió las luces, abrió las ventanas y me ofreció un whisky. El miedo que había pasado en el viaje, sumado al frío, casi me hizo caer en la tentación, pero me negué. Más tarde Carles fue a buscar a Hassan y entre los dos, mientras charlaban en una mezcla de árabe, español y catalán, me prepararon un té.





Carles había comprado veinte botellas de whisky en el free shop del ferry. «El whisky es oro en Marruecos», había dicho. De los viajes que hacía periódicamente a España siempre volvía con veinte botellas por lo menos. Yo, en un par de viajes posteriores, seguí su ejemplo, y poco a poco fuimos acumulando una cantidad considerable que guardábamos en un sótano del hotel. Pero él sabía usarlas mejor que yo: con ellas conseguía favores del ayuntamiento, mejoraba tratos comerciales, aceleraba las reparaciones. Incluso, en una ocasión, salvó de la cárcel a una pareja de huéspedes españoles, formada por una chica preciosa y un cuarentón que tenía veleidades anacrónicas de hippie.

El turista se recorrió toda la medina buscando kif, hachís, marihuana, lo que fuera. Me preguntó a mí, lo miré como si me hubiera mentado al diablo y le dije que no sabía nada. Hassan olvidó convenientemente su español cuando el tipo lo abordó. Carles le aconsejó que lo dejara para otro momento; no era una buena idea, le dijo. Tenía sus razones para decírselo, y si el turista no hubiera sido tan desagradable se lo habría explicado. Pero el tipo empezó a decir que él llevaba años viajando a esa ciudad, desde mucho antes que ese hotel existiera, y que sabía que fácilmente podía conseguir lo que buscaba. Usaba un tono entre pedante y agresivo. Vi cómo le brillaban los ojos de ira a Hassan. Vi que Carles negaba casi imperceptiblemente con la cabeza, y vi cómo el turista arrastraba a su mujer hacia la calle iluminada con tubos fluorescentes para continuar la búsqueda. Carles podría haberle explicado que el rey iba a pasar de visita por la ciudad en unos días y que todo, lo físico, lo mental, lo moral, tenía que estar limpio para recibirlo. En la medina había el doble de habitantes que lo habitual para la época: policías de civil, me dijo Carles. Si te atrapan con «esto» de hachís, intervino Hassan, señalando el tamaño de una uña, mejor que tengas cien euros encima o irás a la cárcel. Y tal vez te toque ir a la cárcel de todas maneras, aunque pagues. Y no se trata de una cárcel española, como las que este tipo seguramente tampoco conocía. Sino una marroquí, con todo lo que eso implica. Me pregunté si eso nos podría perjudicar de alguna manera, tratándose de un huésped del hotel. Y después me pregunté qué pasaría con la chica. Carles, que





seguramente había pensado algo similar, me pidió que bajara al sótano y le trajera una de las botellas de whisky.

Las cosas ocurrieron de manera previsible. El turista pasó un buen rato encontrándose con miradas de desconcierto o de temor, con alguna negativa amable o incluso con alguna mala cara, cada vez que se acercaba a un tendero o camarero y les preguntaba dónde podía comprar costo, hachís, kif, oro verde, maría. Finalmente, se le aproximaron dos hombres de chilaba que le dijeron que ellos sabían dónde conseguir lo que él buscaba. Su novia, que al parecer ya empezaba a preocuparse, se había separado de él un poco antes, con la excusa de que prefería curiosear en las tiendas de recuerdos. Él siguió a los hombres —que llevaban las caras cubiertas por las capuchas de las chilabas, indistinguibles el uno del otro y ambos de las otras figuras oscuras como sombras igualmente ataviadas, que cruzaban los charcos de luz fluorescente y luego se perdían de nuevo en la oscuridad— hasta un callejón un poco apartado donde, después de cobrarle la suma acordada y de entregarle un pedazo de algo que podía ser hachís o podía ser mierda de perro desecada, lo empujaron contra un umbral, se identificaron como policías, le vaciaron los bolsillos, se quedaron con su documentación y el dinero que llevaba encima, lo maltrataron un poco más y lo llevaron a la estación de policía.

La novia los había seguido y, después de ver algo que parecía un forcejeo y de oír las voces alzadas, volvió corriendo al hotel a pedirnos ayuda. Carles llamó a su contacto en la policía.

Finalmente se precisaron cuatro botellas de whisky. Una para el contacto de Carles, dos para el jefe de policía, que acompañó al primero hasta el hotel porque hacía una bonita noche y le apetecía caminar, y la cuarta para beberla todos allí mismo, entre risas y amigos, mientras el jefe, un hombre alto, de bigotes, ojos pícaros y uniforme, decía, en perfecto español, que nos tranquilizáramos, ya que al turista no lo maltratarían y lo liberarían en unas horas, previo pago de una multa de 2.000 dírham y la suma que le habían encontrado en los bolsillos los agentes. La velada se hizo larga. La botella se la vaciaron entre Carles y los dos policías. Cuando el jefe vio que ni Hassan ni yo bebíamos alcohol, dijo con una gran risotada que le gustaba ver buenos





musulmanes. Más tarde sacó una pipa de kif, larga y muy usada, y una bolsa llena de picadura de cáñamo suave y daditos de hachís. En unos minutos, con movimientos lentos y precisos, sin dejar de hablar, contando tanto anécdotas de turistas tontos como de ásperos enfrentamientos con tribus del sur, fue quemando el hash y mezclándolo con el kif. Cuando terminó, dejó la pipa cargada en el centro de la mesa. Entonces preguntó, mirándonos fijo a Hassan y a mí, sin perder la sonrisa pero con ojos que de pronto se habían vuelto duros, si pensábamos hacerle un desprecio. Más o menos por ese momento, volvió el turista español. Él me vio cuando yo levanté la pipa y le di una larga, nostálgica calada. Cuando abrí los ojos el turista me estaba mirando, con los ojos bien abiertos. Desde su punto de vista, la escena debió de ser increíble: los tres trabajadores del hotel, fumando con dos policías. A mí me pareció como una especie de pequeña justicia poética; le hice un guiño al turista y el jefe de policía se echó a reír.

La pareja se fue del hotel, y del pueblo, a la mañana siguiente, previo pago de la habitación más algunos extras, entre los que se incluían las cuatro botellas de whisky, el transporte de las mismas desde el ferry hasta el hotel, las gestiones para su liberación y el impuesto al idiota. La noche antes, cuando los policías se habían ido y empezábamos a apagar las estufas de la sala, Carles me dijo que yo había actuado bien, mejor de lo que él esperaba.

—Voy a empezar a venir menos —dijo—. Seguiré siendo el dueño del hotel, pero quiero que tú seas el encargado. Te irá bien aquí; hablas poco, haces lo que tienes que hacer, y veo que entiendes las costumbres locales. Tú quieres perderte; éste es un buen lugar para eso.

Sigo teniendo domicilio en Barcelona, pero ahora estoy la mayor parte del tiempo aquí. Hassan y yo nos ocupamos del hotel; tenemos un televisor viejo que capta algunos canales europeos y un portátil con conexión a internet. También tenemos nevera pero es mejor comprar la comida cada día en el mercado. La vida aquí no es fácil, pero es sencilla: hace mucho calor en verano y mucho frío en invierno y a veces llueve y las calles se encharcan y si llueve mucho se corta la electricidad y los teléfonos y si llueve demasiado luego nos enteramos de algún accidente, casi siempre fatal, en las carreteras cercanas.





El rey vino más de una vez, y en todas las ocasiones fui con Hassan a la plaza a vitorearlo. Carles se limitó a ocuparse de su otro hotel en Barcelona y, como las navidades en esa ciudad son fechas muy tristes si uno está solo, cuando puede viene a pasar las fiestas de fin de año con nosotros. Siempre trae botellas de whisky y a veces cava. Los 31 a la noche llena mi copa y yo brindo pero no bebo. A veces eso, cuando él ya ha bebido bastante, lo irrita, y me grita cosas hirientes relacionadas con mi pasado argentino. Pero yo nunca respondo a su enojo: le debo demasiado para eso. Una madrugada de aquellas, en las primeras horas del año, en una noche helada pero clara, subimos los tres hasta la cascada y Carles, que estaba muy borracho, gritó en voz en cuello que yo había matado a un hombre.

—Aquest cabró dels collons s'ha carregat un home!

—Eso no es exactamente así, Carles —respondí, mientras maldecía la borrachera de Carles, y maldecía mi propia borrachera años atrás, aquella vez en que le había confesado una duda inconfesable.

—Però el molt fill de puta s'ho mereixia. Era un assassí, va matar una dona. Veritat? No és cert?

—No sé, Carles, no sé de qué hablas, creo que te equivocas, creo que has entendido mal, que has bebido demasiado.

Hassan se me acercó y me dijo que iba a volver al hotel, que no era bueno desaprovechar las horas de sueño de esa manera, que mañana sería otro día y que él no entendía nada de lo que decía Carles cuando se emborrachaba.

Carles y yo nos sentamos sobre una roca y vimos cómo la figura de Hassan bajaba la ladera en diagonal hasta perderse entre el resplandor celeste de las casas. Cuando la luz del hotel se encendió, Carles levantó la botella vacía que tenía en la mano y gritó:

—Feliç any nou, poble de merda! —Y después me miró y agregó, en voz baja y muy serio—: si no el vas matar, hauries d'haver-ho fet.

En serio, no se está tan mal aquí. Cuando me instalé por primera vez, después de arreglar con Carles que yo me quedaría a vivir casi todo el año en este pueblo y él vendría cada tanto, pensé que aquí no





funcionaba nada, y que la vida era casi un milagro. La electricidad, el calor artificial, la conservación en frío, la medicina, todo eso existe aquí, pero de una manera errática, poco confiable. Me di cuenta entonces de que éste es un lugar de verdades duras: si uno tiene un problema de salud leve, espera que se le pase; si es algo más serio, se va a alguna gran ciudad, o intenta cruzar la frontera, y, en cualquier caso, se dispone a dedicar todos los momentos diurnos de los días o semanas siguientes a sortear obstáculos burocráticos y a rezarle a Alá que el médico que le toque a uno en suerte no haya obtenido su título profesional sólo a cambio de dinero o prebendas. Si es algo grave, y uno no posee los medios para ir a otro país, uno se muere. España, por el contrario, es un lugar de verdades blandas, de certezas difusas que se disuelven en el aire, de una capa formada por la fe en las instituciones que es mucho menos mullida de lo que parece. Carles se volvió a España en busca de esa blandura y, como yo sospechaba aunque él nunca había dicho nada, porque tenía un problema de salud de los realmente graves. Ahora vive allí, sometido a series cada vez más insoportables de tratamientos, llevando una existencia cada vez más frágil, en la que cada cosa fuera de lugar amenaza con acabar con él.

Los turistas vienen y se van, y no dejan más que sábanas sucias y un borrón de caras y gestos. Yo hablo con ellos lo menos posible; nunca acepto ser un guía turístico, les contesto lo mínimo indispensable, no les advierto sobre los vendedores de alfombras pero tampoco tengo un arreglo con ellos, como ocurre en muchos de los otros hoteles. En general eso me ayuda bastante entre la gente del lugar; aquí el silencio se respeta; estafar a los turistas se tolera, pero todos respetan al que no lo hace. En el tiempo que llevo aquí, algunas mujeres que viajaban sin pareja se me acercaron. Hubo un par de ocasiones en que me hicieron subir con una excusa a la habitación y se me ofrecieron sin tapujos. Hassan, que mucho sabe y poco cuenta, dijo que eran regalos de Alá y que estaba mal despreciarlos. Yo sigo su consejo. Cuando pasa demasiado tiempo sin que Alá me regale nada, bajo al único bar de la medina donde se sirve alcohol, y donde trabaja Lady, siempre vestida de devota musulmana pero en realidad dominicana hasta la médula, afecta al ron y al merengue. Ella sabe





que yo no bebo, pero cuando la visito, espera hasta el momento de cerrar el bar, pone la música más fuerte, se quita sus atavíos árabes y se pasea desnuda detrás del mostrador, preparando cócteles para dos que termina bebiéndose ella sola. Mientras tanto, va lanzando una retahíla de insultos que sólo formalmente están dedicados a mí; empieza reprochándome que voy a verla sólo cuando tengo ganas o no he conseguido beneficiarme a ninguna de esas turistas putas, que sus sentimientos me tienen sin cuidado, que sólo la busco para follar, que los hombres son todos iguales, la usan y la tiran, la llevan como un trasto de un país a otro, y seguirán haciéndolo hasta que ya nadie se interese por una negra vieja y arrugada y que yo, amor mío, soy igual a todos esos cabrones.

Las cosas son así de previsibles; todo puede pasar, y es poco lo que realmente pasa; pareciera que cada año es igual que el anterior y cada día es como una película proyectada a gran velocidad, donde algunos atraviesan la medina fugazmente y nosotros, los que vivimos aquí, nos quedamos quietos en nuestro sitio, igual que las montañas, las cascadas y las paredes celestes. Por eso, esta mañana, cuando está amaneciendo y yo vuelvo del bar de Lady, ver llegar un par de taxis a la entrada de la medina no tiene nada de peculiar; de la misma manera, tampoco me sorprende oír que uno del grupo pregunta por el hotel Raval, y que de inmediato tres o cuatro chicos que parecían adormilados compiten entre sí para guiarlos. Desde luego, los hacen bajar hacia la plaza central por el camino más largo, mientras yo sigo recto hasta el hotel, que está a cincuenta metros de allí, y llego media hora antes que ellos. Los turistas, cansados y fascinados, entran en un tropel extrañamente silencioso. Los primeros en registrarse son una pareja de alemanes; mientras apunto sus nombres, oigo algunas palabras sueltas pronunciadas por la última pareja del grupo, que aún no ha cruzado del todo el estrecho pasillo que da a la calle. Y es entonces que me tensó un poco, como si una armonía delicada y difícil de conseguir se hubiera alterado mínimamente.

Le hago un gesto a Hassan y él continúa con el registro. Desaparezco en la oficina. Cuando por fin salgo, afuera es un día frío pero glorioso y ninguno de los turistas nuevos permanece en el hotel.





Como todos los días, comparto con Hassan las tareas de limpieza, contabilidad, compras. Yo me ocupo del registro de los huéspedes, que se hace cada día y que luego entregamos a la policía. En la fotocopia de un formulario pautado y lleno de borrones, voy anotando todos los datos que aparecen en los pasaportes de los recién llegados. En esta época del año la caída de la noche es prematura y abrupta; antes de que oscurezca del todo, en el momento en que Hassan y yo solemos fumar kif y mirar la tele juntos, decido dar un paseo. Salgo de la medina por el camino más directo y entro en la ciudad nueva, que se ve como si se hubiera empezado muchas veces sin terminar ninguna. Hay calles pavimentadas, iguales a las de cualquier ciudad humilde de América Latina, flanqueadas de casas bajas y modernas, con antenas de televisión y cables eléctricos, que desembocan en un pozo de tierra y oscuridad y que luego continúan del otro lado; hay plazas con glorietas y fuentes sin agua, hay una cancha de fútbol de suelo de cemento con una grieta en el medio como si hubiera sufrido —ella sola, aislada del resto de la ciudad— su propio terremoto.

Hace mucho frío y ya no quiero seguir paseando. Paso por la puerta del bar de Lady pero aún es temprano y ella está atendiendo a los árabes que beben alcohol y a algunos turistas despistados. Lady me ve asomarme en la puerta y baja la cabeza con modestia. Señal de que me tengo que ir.

Entonces regreso al hotel, sabiendo que ya no tengo muchas excusas para enfrentarme a lo inevitable, aunque también con la esperanza de que quizá los turistas estén cenando, y que pueda eludirlos una vez más.

Pero apenas llego el hombre y la mujer están allí, sentados en el salón al lado de la estufa, hojeando como dos turistas más guías y revistas de Marruecos. Cuando entro los saludo con una inclinación de cabeza y él, serio, se me queda mirando un rato y me devuelve el gesto. Ella también me mira y pienso que los años le sientan bien. Él le dice a ella que volverá en un momento, se acerca al mostrador de la recepción, espera, sin ninguna prisa, que yo me ubique en mi asiento de conserje, luego se me acerca, sonrío, me da una palmada en el





*hombro, y dice que jamás se hubiera imaginado encontrarme ahí,
que qué casualidad, que quién lo hubiera dicho. Y después, agrega:
—Estábamos equivocados, finalmente. Lo sabías, ¿no?*

